

ANÁLISIS

¿Están locos estos italianos?

RUBÉN AMÓN

Impresiona y desconcierta ponerse a sumar la pujanza de las fuerzas radicales y euroescépticas italianas al socaire del 4-M. Entre populistas, extremistas y xenófobos sobrepasan con creces la mitad del sufragio, pero conviene subordinar la psicosis y el estupor al coeficiente de desdramatización con que debe observarse la política tricolor. Empezando por la apoteosis del M5S —así la han llamado sus mentores—, cuya inequívoca victoria proviene del estrépito de la izquierda renziana y de su propio proceso de normalización.

Los *grillini* han abandonado el discurso antisistema, han pescado en el descrédito de los partidos históricos y han sobrevivido a la ausencia de su patriarca. Se diría que el histrionismo de Beppe Grillo y su desmesura limitaban la credibilidad del fenómeno. Que el personalismo agotaba el proyecto (¿Pablo Iglesias?). Y que la aparición de una alternativa aseada e institucional en el culto a la novedad y la efebocracia, Luigi Di Maio, 31 años, aspiraba con motivo a la

homologación entre los partidos respetables, matizando incluso la eurofobia enfermiza del humorista ausente.

Italia se ha dividido en dos. El centro-sur deshereda al Partido Democrático en beneficio del M5S y la coalición de la extrema derecha coloniza el territorio septentrional, aunque el aspecto más relevante del pacto entre Silvio Berlusconi (Forza Italia) y Matteo Salvini (Liga) consiste en el *sorpasso* de los propios liguistas. Nunca se había producido semejante subversión en la alianza conservadora. Quizá porque Berlusconi ha degenerado en su propia contradicción: abrazar la xenofobia de Salvini y proponer de candidato al presidente de la Eurocámara, Antonio Tajani, engendrando una esquizofrenia política a la que ha puesto remedio la ferocidad sin ambages de la Liga en el plagio del trumpismo: Italia para los italianos.

Y los italianos, más que enloquecer o radicalizarse, han decidido enterrar las referencias convencionales. El Cavaliere

(13%) se resigna al camino de la jubilación. Y Matteo Renzi se caricaturiza en su papel de estrella fugaz, arrastrando el PD al mismo cementerio donde ya reside el Partido Socialista francés y donde se amontona el psicodrama de la socialdemocracia continental. Ha dañado a Renzi la balcanización de la izquierda italiana y el fracaso del plebiscito de diciembre de 2016, cuando sometió a sus compatriotas la fallida reforma de la Constitución. Y las urnas lo han vuelto a desahuciar, construyéndolo a una dimisión que no debería tardar en escenificarse.

Se desprende de estos comicios el enigma de la gobernabilidad, más cuando la mayoría requiere el 40% del consenso. El M5S abjura de los pactos. La Liga representa un aliado tóxico en cualquier escenario. Berlusconi no puede ejercer de árbitro. Y a la izquierda le faltan los números y la credibilidad. Tampoco se reconoce la figura coyuntural, tradicional, del redentor democristiano, de tal forma que el presidente Sergio Mattarella necesita la iluminación del Espíritu Santo para ungir cualquier opción aseada que prevenga de otras elecciones.

